

— ¡ Pero cuidado si es usted divertida, señora!...
¿ Qué se le puede importar á usted si se leer ó no ?

La baronesa acercó á sus ojos un pañuelo bordado y perfumado.

— Usted no me comprende, amigo mío, — murmuró con voz enternecida. — El nombre de ese hijo tan querido está escrito aquí, en el fondo de mi corazón, cerrado para todo el mundo desde la época de mi adolescencia... Voy ahora á entreabrirlo, por una sola vez, ¿ sabe usted?... Pero ya hablaremos de esto más tarde, porque usted se queda aquí, en mi casa. Me parece lo más prudente: en París podría usted perderse ¿ sabe usted?...

XI

CONSEJO DE GUERRA

En el palacio de la Avenida del Bosque de Bolonia la comida, sencilla, había durado poco tiempo.

Apenas terminada, las dos pupilas del anciano marqués se despidieron de él deseándole buen viaje y pronto regreso y ocuparon el landó, con la institutriz, ascendida á señora de compañía, y con Jorge de Mercœur que había solicitado el honor de acompañarlas hasta su palco del Teatro Francés, en el que debían pasar la velada.

Poco tiempo después en las ventanas del hotel-palacio no brillaba una sola luz; hubiérasele creído deshabitado, mirando á él desde la Avenida; solo aparecían alumbradas las ventanas correspondientes al despacho del marqués, cocinas y dependencias, que abrían sobre el jardín.

Mientras los hornillos iban apagándose uno tras otro, el personal del hotel, que se hallaba reunido en la cocina, ocupábase en comentar la noticia referente al viaje del marqués, noticia comunicada por el ayuda de cámara.

El anciano gentilhomme tenía grandes simpatías entre sus servidores; queríanle todos, y sin embargo todos se regocijaban ante la perspectiva de su viaje, por coincidir este con la víspera de una fiesta popular, la mi-carême, para celebrar la cual no habrían obtenido sin duda per-

miso por ser el marqués intransigente y de severidad casi militar en lo que á la puntualidad y buen orden del servicio se refiere.

— Conque ya lo sabéis, — decía el ayuda de cámara: — el señor toma el tren en la estación de Montparnasse á las once y cuarto.

— Pero ¿ estás seguro de que no volverá antes del viernes por la mañana? — preguntó una joven camarera que llevaba el dulce nombre de Claudina y estaba al servicio especial de Amy.

— ¡ Pues no eres tú poco curiosa! — dijo el otro pellizcándole la barbilla.

— Manos quietas, Pedro, — exclamó con viveza la costurera de blanco, mujer ya de alguna edad, que formaba parte del ejército de salvación.

El cocinero, hombre obeso y alegre como unas castañuelas, dióse una palmada en el muslo, y añadió riendo:

— La verdad es que esas cosas no se hacen delante de la gente... ¿ Hase visto sin vergüenzas como éstos?...

Otra camarera, Pauleta, que servía á Edmée — una verdadera canonija el tal cargo, excepto en los momentos en que la amazona se hallaba nerviosilla — creyó oportuno tomar la defensa de su compañera. Luego justificó su deseo de divertirse honestamente.

— No me vendría mal lucir un poco el disfraz que me regaló la señorita. Como que es el que llevó ella al baile de la duquesa de Duras.

— Pues ¿ y el mío? — preguntó Claudina. — Apollándose está, y si no le doy un poco de aire...

El ayuda de cámara, el cocinero y la costurera convinieron en que era cosa en realidad de asistir al baile de la mi-carême. Uno de ellos tenía el disfraz del señorito, otro el del sobrino del señorito, y la última el de la señora de compañía de las señoritas.

— Pero lo malo es que no podemos hacer nada, — aseguró Pauleta, — si no estamos seguros de que el señor no vendrá antes del viernes por la mañana.

— No, no, y hay que saberlo á ciencia cierta, — añadió Claudina.

— Vamos á ver, — dijo con aire pontifical el coci-

nero; — el tren llegará á Quimper mañana, jueves, poco antes del medio día; suponiendo que el señor esté allí ocho horas para sus negocios, y es lo menos que se le puede conceder, ¡ qué diablo! porque no se recorren mil cien kilómetros de ida y vuelta sólo para dar los buenos días al jefe de la estación... Bueno, pues quedamos en que pása ocho horas en Quimper; de modo que suponiendo que el señor no duerma allí, no puede llegar á París antes de las nueve de la mañana del viernes. ¿ He dicho algo?

Claudina dió un brinco para testimoniar su alegría, y no ser por una severa mirada de la costurera, Pauleta habría demostrado la suya bailándose un cancan en plena cocina.

— ¡ Victoria! — gritaron ambas. — Hay tiempo para todo... ¡ Iremos al baile de la Opera!

El estupor se reflejó en los semblantes de los demás domésticos al oír á las camareras. ¡ Al baile de la Opera! Como quien no decía nada..

— La señorita Amy es más buena que el pan, — afirmaba Claudina.

— Como la señorita Edmée cuando no está nerviosa.

— Yo la pediré permiso....

— Pues apenas si la suplicaré yo...

— ¡ Y nos lo concederán, por supuesto, para toda la noche! — concluyeron en coro.

Ante esta revelación inesperada, el cocinero, el ayuda de cámara y la misma costurera de blanco, no obstante la severidad de sus costumbres, lanzaron al aire un grito de triunfo y alegría, mientras que Susana, una chica de diez y seis años que desempeñaba las funciones poco atribuidas pero sucias, de layaplatos, dióse á verter copiosas lágrimas.

— ¡ Bien, chiquilla, bien! — dijo Pedro aplicando de improviso un sonoro beso en la mejilla ligeramente pintada de Claudina.

— Menudo bailoteo el que nos vamos á dar, — murmuró el cocinero al oído de Pauleta á la que casi á la fuerza había sentado sobre sus rodillas.

Pero sin duda la exuberante alegría de los dos hombres debía traducirse en algo más que en palabras por-

que la costurera hubo de repetir sus acerbadas reflexiones :

— Quietecitas las manos, Pedro; y las de usted también, cocinero. Pues apenas si son ustedes desahogados. Juegos de manos, juegos de villanos, dice el refrán.

Posible es que, á no mediar tan juiciosas advertencias, hubiesen tomado los dos hombres un anticipo á cuenta de los placeres que se prometían para la noche del día siguiente, pues que con este objeto llegaron á proponer un bailoteo en la intimidad, en familia como quien dice; pero la severa costurera se opuso, alegando que el señor, que se hallaba aún en su despacho, podía enterarse, á causa del ruido. En realidad lo que ella deploraba era la ausencia del cochero, su bailador preferido.

Por fin, cayóse en la cuenta de que Susana lloraba, y todos los presentes se dignaron ocuparse en las causas de su aflicción. La infeliz lloraba por ser la única que no tenía disfraz para ir al baile.

— Ya te encontraremos uno, — le dijo Pedro, el ayuda de cámara.

La intención era tan buena como vaga la promesa. Comprendiéndolo así el cocinero, hombre positivo, y teniendo en cuenta que la chiquilla estaba bajo sus órdenes, propuso que se echara un guante para alquilarle un traje.

— No es cosa de que se diviertan unos y otros no: conque andando, mano al bolsillo, — dijo.

Y quitándose el gorro blanco dejó caer en él una moneda de cincuenta céntimos y se dispuso á continuar la colecta.

Acababan de sonar las diez de la noche. En el gabinete del marqués, éste y el doctor A... ambos en traje de viaje, hallábanse sentados ante la chimenea, en la que ardían aún algunos troncos con alegre llamarada.

Nuestros lectores han reconocido sin duda en el doctor A... á Ali-Akmet, el hijo del jardinero de Sabiello, por lo que nos parece inútil conservarle por más tiempo el incógnito.

— Ali, — decíale el marqués, — permítame usted

que le llame así; creo que no puede ser más concluyente la prueba que ha intentado usted en casa de la señora de Aubinesco. Puesto que el capitán de los Cristal-Daggers que le hirió á usted tan cruelmente y el bandido Enrique no son más que una sola persona, opino que el enemigo que buscamos es el conde de Corpó-Santo. Más de una vez, durante el relato que usted ha hecho, le he visto palidecer ó ponerse colorado. Ha debido pasar un rato horrible, sobre todo cuando hizo usted alusión á la cicatriz que lleva el asesino de la viuda de Sabiello, que una mecha, como la suya, podría disimular fácilmente... ¡ Ah, había que verlo en aquellos momentos! A propósito, yo no sé lo que le dijo entonces la vizcondesa, pero es muy capaz de haberle pedido que le enseñe la frente. ¿ No le parece á usted que hay escenas de comedia en este horrible drama? Sí, sin duda. Y es una lástima que esa pobre señora, á quien yo aprecio muy de veras, lleve su amor al romanticismo hasta el punto de no ver claro. Tan cegada está, que ya verá usted cómo aun cuando quiere muy de veras á su sobrina, será capaz de casarla con ese hombre que para ella es un desconocido, un aventurero... Afortunadamente para la chica estamos aquí nosotros, que sabremos impedir esa boda disparatada; pero entretanto, es lo cierto que la pobre Yvona ha sido presentada esta noche como prometida del hombre á quien debemos considerar como el asesino de su madre hasta que no se nos pruebe lo contrario. ¿ Qué me dice usted de todo esto, amigo mío?

— ¡ Qué quiere usted que le diga! Que es horrible... — murmuró el doctor Ali-Akmet. — Pero ¿ por qué me impidió usted ser más explícito?

— Porque toda prudencia me parece poca con un criminal de esa especie, y ya hemos cometido algunas. Mis protegidas tienen por usted una afección verdaderamente fraternal, usted lo sabe...

Como al oír esto, Ali suspiró, el marqués, sonriendo ligeramente, siguió de este modo:

— Me refiero sobre todo á Edmée. Cuanto á Amy, no me parece la misma desde el día en que la enteramos del trágico fin de su madre, es decir, desde el día en que

regresó usted... Con seguridad ha adivinado que estamos sobre la pista del culpable y le vigila á usted. En una palabra, Ali, creo que no soy yo el único que ha observado la confusión del conde de Corpo-Santo en casa de la vizcondesa... Y no hablemos de la otra hermana; hasta hoy me habria yo reido de quien me hubiese dicho que una idea grave podía habitar más de un minuto la cabeza de chorlito de Edmée... Y ya ha visto usted y oído, como yo, cuando hemos llegado... Sin decir nada á nadie, sin revelar el porqué de su nueva manía, esa chica ha aprendido la esgrima, es una tiradora de primera fuerza, y aun estaríamos ignorantes de su secreto, si no se le hubiese escapado en un momento de cólera. Sólo para castigar por su propia mano al asesino de su madre es por lo que Edmée ha aprendido el manejo de las armas, blancas y de fuego... ¿Cómo se conoce que tienen sangre corsa en las venas esas chicas, eh?

Capaces serían, en su deseo de venganza, de ir sin pestañear al enemigo. No quiero ni pensar en los probables resultados de su imprudencia. Como si lo viera, caerían víctimas de su abnegación. Demasiado sabe usted, por su duelo al « requien » cuán peligroso es entablar un combate con un traidor, á armas iguales... Sí, créame usted, prudencia, mucha prudencia... Inspirándome en ella supliqué que guardase el anónimo, fingiendo ser un aventurero cualquiera, vulgar, no un ser de excepción; y por desgracia, ó por fortuna, porque aun no sabemos cuál es el verdadero valor de ese anonimato, se ha dejado usted llevar demasiado lejos, animado sin duda por su peroración, sobre todo en lo que toca á sus heridas. ¡Demasiada transparencia en el retrato, amigo mío! Que dos hombres vuelvan de muy lejos con dos cicatrices idénticas, ya es extraño. Pero con tres, iguales, y colocadas en los mismos sitios, resulta inadmisibile. Esas tres heridas equivalen á una especie de cédula de identidad.

Tosió ligeramente el marqués, y como Ali no le interrumpía, continuó diciendo :

— O mucho me equivoco, ó el conde de Corpo-Santo, convencido de la verdadera personalidad de usted, se aprovechará de ese descubrimiento para mantenerse en

actitud defensiva y aun tal vez para atacar primero sin perjuicio de preguntarse porqué razón le ha prevenido usted y aun respetado... Otra de las razones que nos imponen la prudencia es esta : el crimen cometido en Sartene por Enrique ha prescrito ya, lo cual quiere decir que la justicia francesa no le prestará á usted su concurso para perseguir al presunto autor del mismo; como tampoco consentiría en ayudarle si la pusiera usted al corriente de lo que le ocurrió en la Palk-Bay. Sea de ello lo que quiera, para no ponernos en conflicto con los tribunales, en caso de acudir á ellos, es preciso que podamos presentar la prueba irrefutable de la participación de ese hombre en los crímenes más recientes entre los que se le atribuyan... ¿Ha oído usted hablar de un americano apodado *El carnicero de mujeres*?

— No, me parece que no, — dijo el doctor.

El marqués acercó su butaca á la que ocupaba Ali.

— Le pregunto eso porque tal personaje, cuya audacia es en realidad sorprendente, me parece un tipo digno de ser estudiado con provecho. Verá usted. Su primera revelación, es decir, su primer crimen, es de fecha un poco anterior al regreso de usted. Vaya usted tomando nota de lo que le digo. Un día fué encontrada muerta en su habitación, cierta muchacha de vida alegre, conocidísima por la hermosura de sus brillantes; aquel mismo día, por la noche, me fué presentado, el conde de Corpo-Santo en casa de la vizcondesa de Aubinesco. Es una extraña coincidencia ¿verdad?... Celebro que mi relato le interese, porque aun no he acabado. La muchacha en cuestión murió á consecuencia de una tremenda cuchillada en la garganta. En menos de tres semanas hubo tres atentados del mismo género, cometidos todos por la misma mano, de los que fueran víctimas mujeres de vida alegre. He dicho que la misma mano debió cometer esos crímenes porque las víctimas aparecían degolladas uniformemente, con la garganta abierta, como se hace con los carneros para sacrificarlos. Bueno, pues sepa usted, amigo mío, que aun no ha podido dar la policía con el miserable autor de esos crímenes, cuya sed de sangre debe haberse aplacado, porque desde el regreso de usted no ha vuelto á hablarse

de tan misterioso personaje... Su mirada de usted me indica que ha comprendido el objeto de mi pregunta de antes...

— Sí, señor; usted piensa que ese americano degollador de mujeres puede ser Enrique, — dijo el doctor con voz sorda.

— En efecto, así lo pienso. Claro es que no se trata más que de una presunción, pero de una presunción que se apoya en hechos indiscutibles. La herida que hace el cuchillo del degollador de mujeres es idéntica á la que mató á la madre de Amy, y á aquella otra cuya cicatriz lleva usted en el cuello.

— ¿Sabe usted que lo que acaba de contarme de ese individuo, suponiendo que sea él, excede en horror á lo hecho conmigo? — preguntó Alí. — ¿Matará por el placer de matar tan sólo, ese hombre monstruoso?

— Si he de ser á usted franco, — replicó el marqués, — se trata de un estado psicológico difícil de explicar. Sin embargo, si mis presunciones son fundadas, si el conde de Corpo-Santo y ese americano son la misma persona, puede admitirse la hipótesis de que mata por no perder la seguridad de mano que necesita; es un Atreo moderno.

Miró el anciano al reloj, y prosiguió tras cortó silencio.

— Dentro de diez minutos hemos de subir al coche si queremos llegar á tiempo al tren; me basta con ese tiempo para enterar á usted del motivo de este viaje. Sepa usted ante todo que esa pobre Yvona de Eparville, sobrina de la de Aubinesco, me es profundamente simpática desde que la infeliz se ha visto privada de las caricias de su madre. Es una naturaleza apocada, incapaz de defenderse, propensa á ceder á toda imposición; fácil de fascinar, en una palabra, cosas todas en que la vizcondesa no se ha fijado, según me parece.

La conocí hace mucho tiempo, cuando yo vivía aún en el castillo de Kerbiroet; en aquella época, la única persona de aquellos contornos con quien yo mantenía relaciones de amistad era la baronesa de Eparville, la madre de Yvona. ¡Pobre señora! Era bondadosa, caritativa, hospitalaria, hasta el punto de que en su casa solariega encontraban pan y techo no solo los desgraciados, si que

también los vagabundos. Su generosidad debía serle fatal. ¡Es claro! como todo el mundo se hacía lenguas del lujo y riqueza de aquella casa, las concupiscencias se despertaron con tanta mayor violencia cuanto que con razón ó sin ella, era pública voz y fama de que la pobre señora cometía la imprudencia de guardar en su casa la mayor parte de su fortuna en oro y en billetes... Sucedió pues lo que fatalmente debía suceder. Una noche llegaron á Eparville tres viajeros de los que dos se alojaron en el pueblo, yendo el último á pedir hospitalidad en casa de la baronesa. Al día siguiente la pequeña Yvona era ya huérfana.

— ¿Dice usted que eran tres? — interrumpió el doctor Akmet. — Lo pregunto porque esa es indicación preciosa, especialmente en el caso de que suponga usted que nuestro enemigo tiene también ese crimen sobre su conciencia... Ya sabe usted que tiene dos hermanos...

— Si, lo sé; y crea usted que la culpabilidad de Enrique, en este caso concreto, me extrañaría tanto menos cuanto que la baronesa de Eparville fué literalmente degollada por un golpe semejante á los que él acostumbra dar... Yo me he ocupado de ese asunto, por simpatía hacia la pequeña, como dije antes; y esperaba recibir de un momento á otro detalles circunstanciados acerca de la muerte de esa pobre señora. Cuando yo la conocí tenía á su servicio un mayordomo muy fiel, al cual, el criminal, ó los criminales, porque aun no sé si los otros dos fueron ó no introducidos en la casa por su compinche, encerraron en una alacena de la habitación misma de la baronesa. Cuando lo sacaron de allí el pobre deliraba, y se comprende. Desde su escondite forzado había visto y había oído, y hubo de perder la razón á causa de la cólera que le produjo verse en la imposibilidad de socorrer á su ama.

— ¡Lástima de testimonio perdido! — dijo el doctor.

— No del todo, — prosiguió el marqués; — yo he hecho cuidar á ese hombre y si bien no ha recobrado por completo la razón, tiene momentos de lucidez, en uno de los cuales puede hacer, por lo menos así lo creo yo, un relato completo de lo sucedido en aquella noche memorable. Precisamente ese relato es el que he espe-

rado durante toda la primera quincena del presente mes de Marzo; ¡y nada! ¡no he recibido nada! Creyendo ver llegar de un momento á otro á un tal Jaime, un muchacho muy astuto, sobrino del pobre loco, ha pasado el tiempo...

— ¿Sabe ese muchacho dónde vive usted? — interrumpió el doctor.

— Claro que sí; aunque... espere usted... mi dirección... no, creo que no dejé mis señas al tío de Jaime... ¡Háse visto distracción más imperdonable! ¡Y yo esperando tan tranquilo la llegada del mozo!... Pero nada hay perdido; puesto que hemos de ir por allá para recoger los papeles que usted sabe, aprovecharemos la ocasión para que me den allí la relación que debían traerme á esta casa. Y vea usted por donde anduve bien inspirado pidiéndole á usted que me acompañase en este viaje. Como el mayordomo de la baronesa dará con seguridad las señas del asesino, nadie mejor que usted para reconocer ó no por ellas á Enrique... Conque andando; tome usted su sombrero, el gabán, la manta... Creo que se ha detenido á la puerta el coche que encargué...

El doctor Ali obedeció, pero en el momento de acercarse á la puerta, dijo:

— Con entera franqueza, señor marqués; ¿cree usted necesario ir tan lejos á buscar esas pruebas?

— ¿Cómo necesario? Imprescindible y urgente; — exclamó el anciano. ¿No le parece á usted que es un deber para nosotros el de abrir los ojos de la vizcondesa, suponiendo que aun sea tiempo, si adquirimos la convicción de que el conde de Corpo-Santo estaba en la casa solariega de Eparville la noche del crimen? Además, ya se lo he dicho á usted antes; bueno es tener el derecho y la razón de parte nuestra: pero el código es auxiliar eficazísimo, porque pone en marcha á un tiempo mismo á la policía y á la justicia.

El doctor no replicó.

Mientras bajaba la escalera tras el marqués, iba pensando en las palabras de éste:

— ¡El código, la justicia, la policía!... palabras huecas... vacías de sentido. En la bahía de Manaar, ya que no otra cosa, es posible hacerse justicia sin mezclar en la

contienda á gentes que nada tienen que ver con el asunto que se ventila... ¡Como si la policía de París, floja como ella sola, pudiese algo contra el capitán de los Cristal-Daggers! ¡Como si no fuese él hombre bastante fuerte para tenerla á distancia, bastante rico para dar un hueso á roer á cada uno de sus miembros, y bastante camaleón y suficientemente Proteo para despistarlos á todos!...

Los ojos del doctor brillaban con fuego terrible.

— Contra los huéspedes de la jungla — acabó entre dientes — no hay más remedio que proceder como proceden los salvajes... Nada de paliativos; hay que comérselos ó dejarse comer por ellos... En fin, veamos qué resultado produce el medio aconsejado por el marqués; si es nulo, como creo, aquí estoy yo para continuar la obra, y mi justicia, menos complicada que la otra, seguirá su curso rápidamente... Porque tratándose de ese hombre, mi conciencia no reconoce más que un tribunal, sus víctimas; y para ejecutar la sentencia, un solo brazo, el mío.

Llegaron en esto al final de la escalera principal donde les esperaba Pedro, el ayuda de cámara; éste hubo de reprimir un grito, pues el candelabro con que alumbraba estuvo á punto de escapar de sus manos á consecuencia de un manotón involuntario del doctor Ali, quien con enérgico ademán subrayaba su última frase.

Hizo el marqués algunas recomendaciones á su criado, y subió con Ali al coche, ganando éste enseguida al trote largo el Arco de Triunfo y después la avenida Mareeau para dirigirse en línea recta hacia la estación de Montparnasse.

A la entrada de la avenida Bosquet el doctor Akmet rompió el silencio.

— Si el conde de Corpo-Santo me ha reconocido, como usted cree, la guerra está ya declarada entre nosotros, pues no es hombre que tenga por costumbre esperar á pie firme á su enemigo...

— Lo cual quiere decir...

— Que siendo eso así, y puesto que es hoy víspera de la Mi-Carême, fiesta que como usted sabe es verdaderamente populachera, me parece que no deberíamos dar al

malhechor, una tan hermosa ocasión de impunidad, y que obraríamos cuerdamente renunciando á este viaje, ó aplazándolo por lo menos.

— Tengo confianza en mis criados; — replicó el marqués. — ¿Qué quiere usted que suceda, con un personal como ese? Vaya, vaya, amigo mío, no vea usted las cosas bajo un prisma de color tan triste... Por muy revuelto que ande París mañana, no es posible que lo saquee un puñado de bandidos; y no es tan fácil robar á nuestras muchachas, como á las mujeres malabares de los hermanos de la concha... Frescos estaríamos... Además, pasado mañana viernes, á las cuatro de la madrugada lo más tarde, estaremos de vuelta.

Si los criados reunidos en la cocina del palacio hubieran podido oír estas últimas palabras del marqués, hubiesen con seguridad experimentado cierto despecho. Como que precisamente á las cuatro de la madrugada es cuando los bailes están en todo su apogeo y cuando los concurrentes á ellos se divierten de firme. Preguntad si no á todos los noctámbulos; ellos os dirán que la algazara anterior á las cuatro de la mañana es un sencillo aperitivo, una especie de intimación hecha á la alegría para que se digne presentarse.

Pero los dignos criados no tenían el oído tan fino que les fuese permitido oír desde la avenida del Bosque de Bolonia lo que se decía en la avenida Bosquet; y satisfechos y aun tranquilizados por el cálculo matemático hecho por el gordinflón cocinero, apenas salieran del palacio el marqués y Alf, cuando Claudina y Pauleta, apoderándose del ayuda de cámara y del jefe de cocina, diéronse á danzar como locas en celebración sin duda de los goces que se prometían en la noche del día siguiente, sin que las advertencias de la costurera dieran otro resultado que el de precipitar el movimiento de las parejas como hubiera podido hacerlo la música más excitante.

Susana, la lava-platos, miraba la juerga con ojos de envidia, pero ya no lloraba; porque el guante echado en su obsequio había producido dos francos setenta y cinco céntimos, y con esta suma el cocinero estaba seguro de alquilarle un disfraz de Cupido, con alas y todo.

XII

EL CARNICERO DE MUJERES

Quando el faetón que conducía al conde de Corpo-Santo hubo dejado la plaza de la Estrella, entró en la pendiente avenida de Wagram; y llegado á la plaza de este nombre, se detuvo para que se apeara el prometido de Yvona.

— Celestino — dijo éste á su groom — volved al hotel y que no me esperen; tengo que hacer en el Circulo.

Perdióse á poco el faetón en la perspectiva del bulevar Malesherbes, conduciendo á Celestino que pensaba, y no sin razón, que el círculo de su amo el señor conde no se encontraba en aquel barrio; y cuando el vehículo se hubo alejado, Corpo-Santo se dirigió resueltamente hacia la barrera.

— Eso del círculo, — pensaba, — es un gran pretexto que me habría sido preciso inventar por necesidad, si personas de buen gusto no lo hubiesen inventado antes que yo.

Llegado á la altura de un reverbero consultó su reloj, que marcaba las siete y cuarto.

— ¡Demonio de doctor! — murmuró reanudando su marcha. — Bien podía haberse ahogado en el camino. Como si no tuviera yo bastante que hacer, se atraviesa ahora en mi camino ese aparecido... Porque el hombre